

Artículo de ALBERTO MAGGI

Traducción de Antonio Paneque.

LA ADORACION DE HERODES

Los paganos, en cabeza

El nacimiento de Jesús, con la aceptación por parte de José de su concepción “*por obra del Espíritu santo*” (Mt 1,18), no supone el final de la turbulencia en la vida de María y de José. “*Quien me escucha, vivirá tranquilo, sin temer ningún mal*”, había sentenciado el gran rey Salomón (Pr 1,1. 32), pero a José y a María, el haber escuchado a su Señor no les reporta tranquilidad y mucho menos los protege del mal.

Ambos son conscientes de que su hijo proviene de Dios, fruto precioso de una nueva creación llevada a cabo por el Señor. Saben también que la misión de Jesús será la de salvar “*a su pueblo de sus pecados*” (Mt 1,21). No obstante, cuanto está por suceder a partir de ahora parece hecho a propósito para hacer tambalear sus certezas.

María y José se encuentran en Belén, donde ha nacido Jesús. Los sumos sacerdotes y los escribas de la cercana Jerusalén ya han informado a Herodes, quien ha expresado su deseo de adorar “*al rey de los Judíos*” en el mismo lugar donde éste ha visto la luz: “*en Belén de Judea*” (Mt 2,5), de donde, según el profeta Miqueas, “*saldrá el Mesías*” (Targum Mi 5,4).

Pero ningún personaje cualificado de Jerusalén se ha tomado la molestia de comprobar si en la pequeña Belén se ha cumplido la profecía de Miqueas. El Mesías esperado está allí, solo a dos pasos, pero nadie se mueve.

A decir verdad, una visita sí ha habido, aunque no la esperada. Se presentaron unos personajes que, probablemente, causarían un gran desconcierto en María y José. Los únicos, en efecto, que se acercaron a la casa de Belén fueron “*algunos magos llegados de oriente*” (Mt 2,1).

Para comprender el significado de la presencia de los *magos* en Belén se requiere toda una obra de restauración. Una restauración que permita pulir la figura de estos personajes, desprendiendo de la misma las numerosas incrustaciones acumuladas a lo largo del tiempo, elementos ajenos al relato evangelico, que, a través de tradiciones pintorescas, acabaron por reducir a los magos a elementos del folclore.

Los primeros cristianos, turbados por el hecho de que los magos se hubieran anticipado a todos para adorar a Jesús, intentaron ennoblecer su figura, elevándolos a la dignidad real. Posteriormente, se procedió a transformar el incómodo término *maghi*, que se usaba en la lengua griega para indicar a los charlatanes y a los estafadores, en el más inocuo *magos*

(única vez que el griego *màgoi* es traducido así). Basándose en los dones traídos, se estableció su número en tres, e incluso se encontraron nombres para ellos: *Gaspar, Melchor y Baltasar*. Finalmente, en la tradición, los magos fueron representados uno blanco, otro negro, el otro mestizo... y ¡ya estaban listas las figuras del portal de Belén!

Con la presencia de los magos, el evangelista pretende, en cambio, afirmar que los primeros (y los únicos) que rinden pleitesía al rey de los Judíos son los paganos (“*llegados de oriente*”). Constatando la ausencia de los sumos sacerdotes y la presencia de los magos en Belén, Mateo anticipa y realiza la profecía de Jesús: “*Y os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se pondrán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mientras que los hijos del reino serán echados a las tinieblas de fuera*” (Mt 8,11). El reino de Dios que Israel rechaza “*se le dará a un pueblo que rinda sus frutos*” (Mt 21,43).

Mediante la imagen simbólica de los dones que los magos ofrecen a Jesús, el evangelista representa la extensión del reino de Dios, que acoge ahora también a los paganos y a los pecadores. Con el *oro*, obsequio a la realeza, los paganos reconocen a Jesús como su soberano (1 Re 9,11.28). El reino de Dios no se limita a las dimensiones de Israel, se extiende a toda la humanidad, incluidos paganos y pecadores, porque todos son objeto del amor de Dios, con independencia de su religión o conducta (Mt 5,45).

Una característica exclusiva del pueblo de Israel era la de ser un “*reino de sacerdotes*” (Ex 19,6), y el incienso era el elemento específico del servicio sacerdotal (Lv 2,1-2). El significado del *incienso* ofrecido a Jesús, es que el privilegio de ser un pueblo sacerdotal no es ya una prerrogativa única de Israel, desde ahora es patrimonio de todos los pueblos (1 Pt 2,9; Ap 5,10).

En los profetas, la imagen del matrimonio describía simbólicamente la relación entre Dios y su pueblo: Dios era el esposo e Israel, la esposa (Is 62,5; Os 2). La *mirra*, símbolo del amor que la esposa profesa al esposo, es el perfume con el cual la amante seduce a su amado (“*Con mirra mi lecho he rociado*”, Pr 7,17; Ct 5,5). El don que se hace a Jesús de este perfume significa que el honor de ser el pueblo esposo del Señor ya no se circunscribe solo a Israel, antes bien, a través de los magos se hace extensible a todas las naciones paganas.

Un Dios distinto

Mateo no señala ninguna reacción por parte de María y de José a la visita de los magos. No cabe duda de que su asombro debió ser enorme. Jesús había sido anunciado por el ángel del Señor como aquél que salvaría al pueblo de Israel del pecado (Mt 1,21). ¿Qué tienen que ver los paganos con todo esto?

La tradición religiosa y nacionalista, en cuyo seno crecieron María y José, presentaba siempre a los paganos como un estorbo que el Mesías eliminaría a su llegada. Para ellos, no había sitio en el reino: “Ningún pagano tendrá parte en el mundo que vendrá” (Tos. Sanh. 13,2).

En la sinagoga, María y José escucharían a menudo la cruel sentencia “el mejor de los paganos merece la muerte” (Qid. Y. 66cd), o bien la afirmación de que eliminar al mejor de los paganos era como aplastar la cabeza a la mejor de las serpientes (Mek. Ex 14,7). Entonces ¿cómo es posible que también ellos sean un pueblo sacerdotal y real?. Además, si los paganos son admitidos en el reino, ¿cómo seguir orando al Señor con el salmo en que se le pide que arroje sobre los paganos su furor”? (Sal 79,6).

Es solo el inicio de las numerosas preguntas que escalonarán el crecimiento en la fe de María y de José (“También la bienaventurada Virgen avanzó en el camino de la fe”, *Lumen gentium* 58). Los padres de Jesús deberán aprender a abrirse completamente a la novedad que su hijo representa, novedad que modificará de manera radical la imagen de Dios y de su acción sobre el mundo.

Pero no hay tiempo para reflexionar ahora.

Acaban de partir los magos, cuando “*un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te lo diga. Porque Herodes va a buscar al niño para matarle*” (Mt 2,13). El poder es siempre “*mentiroso y padre de la mentira*” (Jn 8,44). Herodes había expresado el deseo de adorar al rey de los Judíos. En realidad, quería acabar con él.

El rey Herodes había sido capaz de asesinar a sus propios hijos por miedo a que le quitasen el poder. Jugando con la asonancia en lengua griega entre la palabra *cerdo* (hys) y la palabra *hijo* (hyós), circulaba el dicho entre el pueblo de que “es mejor ser un cerdo que ser hijo de Herodes”. En efecto, el rey, para mostrar al pueblo que respetaba la Ley hebrea, no comía carne de cerdo (Lv 11,7), pero para mantener el trono, asesinaba a sus propios hijos.

José, en seguida, toma al niño y a la madre y huye con ellos a Egipto. Se repite así, pero al contrario, la historia del pueblo de Israel. Este había huído de Egipto, “*de la casa de servidumbre*” (Dt 5,6), refugiándose en la tierra prometida. Pero ahora, la tierra de la libertad se ha transformado en tierra de muerte, de la que es necesario escapar para refugiarse precisamente en Egipto.

Se corre menos peligro en Egipto, entre paganos idólatras, que en Belén, en las inmediaciones de Jerusalén, la ciudad santa en la que pululan sacerdotes y personas devotas. Sinagoga y templo, religiosos practicantes y personas pías, serán para el Hijo de Dios un peligro mortal ante el cual deberá constantemente poner tierra de por medio. En tierra pagana, entre pecadores y no creyentes, encontrará siempre refugio, acogida y fe.

“Herodes, viéndose burlado por los magos, se enfureció terriblemente y envió a matar a todos los niños de Belén y de toda su comarca, de dos años para abajo” (Mt 2,16).

Esta matanza es otro duro golpe a las certezas de María y de José.

Ellos creen en el Dios de Israel, en Aquél que para liberar a su pueblo de la esclavitud, no titubeó a la hora de exterminar *“a todos los primogénitos del país de Egipto”* (Es 12,29), y en la oración bendicen a *“Aquél que hirió a los egipcios en sus primogénitos, porque su bondad es eterna”* (Sal 136,10). Ahora, por el contrario, es Herodes quien extermina a los niños de Belén para intentar asesinar al Hijo de Dios.

¿Por qué no actúa esta vez el Dios a quien todo es posible, por qué no castiga a Herodes, como en su día hirió al faraón?

María y José tendrán tiempo para reflexionar, para descubrir que el Dios que se manifestará en su hijo es distinto del que ellos conocen: no solo no exterminará a los enemigos, les dará su misma vida (Mt 9,23-25).

Pero ahora, una vez que ha muerto el rey, hay que pensar en volver a la patria. Descartada Belén por su excesiva proximidad a Jerusalén, y, sobre todo, porque en ella gobierna Arquelao, cruel como su padre, María y José consideran que es más seguro alejarse de Judea, y deciden establecerse en Nazaret de Galilea, región que está bajo la jurisdicción del otro hijo del rey, Herodes Antipas. No imaginan que lo que no pudo hacer Herodes el Grande, lo hará, en cambio, su hijo, bajo el cual Jesús será asesinado.